

## 11. Los insurgentes de Mokotów

En junio de 2004, la CNN televisó un especial sobre el Levantamiento el mismo fin de semana que se conmemoraba otro aniversario: el del Día D, el desembarco de las fuerzas aliadas en Normandía. El documental se llamó *El Levantamiento de Varsovia: los soldados olvidados de la Segunda Guerra Mundial*. Mucho del material exhibido era original: filmaciones que el Departamento de Propaganda del AK había tomado durante esos días. Escenas de las luchas, pero también de bodas, misas y ollas populares, civiles escapando de un bombardeo, escombros, soldados jovencísimos fumando cigarrillos o saliendo casi exánimes de las alcantarillas. También hay escenas del último desfile militar de los insurgentes, saliendo de Varsovia después de la capitulación, el 5 de octubre de 1944.

Marchan en columna, la cabeza en alto, la mirada acongojada, usando los brazaletes blanco-rojos y el escudo polaco con el águila blanca por última vez. En el minuto 39, la cámara muestra en plano medio a un muchacho alto, con las mejillas hundidas, una frazada al hombro y sobre ella un mástil corto con la bandera polaca. El plano se congela en esa imagen.

Cuando vio el documental por casualidad en la televisión, Andrés Chowanczak también se quedó helado: ese hombre era su padre.

“Yo no lo podía creer. Fue una cosa muy fuerte, muy emocionante”, me dijo la primera vez que nos encontramos, en el café bullicioso de un shopping de Martínez, la localidad donde vive con su esposa y su hijita. Andrés tiene 51 años, es alto y corpulento. Ingeniero industrial de carrera y traductor del idioma polaco, su gran pasión es la historia de Polonia relacionada con la Segunda Guerra Mundial: la causa por la cual sus abuelos, paternos y maternos, rehicieron sus vidas en la Argentina; la variable, de alguna manera, que inclinó el destino para él sea el hijo de quien es, haya nacido donde nació, se llame como se llama.

Probablemente no haya otra persona en la Argentina que sepa lo que él sabe sobre el Levantamiento de Varsovia, especialmente del aspecto militar: puede decir con exactitud qué armas se utilizaron en la batalla por la ciudad, qué táctica fue errada. Incluso tomó clases de estrategia con un coronel argentino. “Uno de los motivos del Levantamiento era evitar una batalla entre alemanes y rusos justo en medio de Varsovia. Desde el punto de vista táctico, cuando comenzó, los alemanes deberían haber ido hacia el oeste lo antes posible, ya que eran fuerzas que Berlín podría haber utilizado en su defensa. No tenía sentido llevar más tropas a Varsovia”.

Tanto en su país como en el país de sus padres y abuelos, Andrés investigó esas historias que escuchaba cuando era un niño en la casa de su familia, de boca de sus abuelos maternos y de los amigos polacos de sus padres. Entre esos ex soldados y oficiales, muchos habían combatido en el Levantamiento. Como lo había hecho su padre, Stanisław Chowańczak.

Rebautizado “Estanislao Chowanczak” en la Argentina, el padre de Andrés había muerto en 1997, y les había contado poco, a él y a su hermana, sobre su participación en la Compañía B-2, batallón Bałtyk (*Báltico*) del regimiento Bazsta, destinado al distrito de Mokotów. “Baszta” era el acrónimo de *Batalion Ochrony Sztabu*, que puede traducirse como Batallón de Protección del Estado Mayor. A fines de septiembre de 1944, alrededor de 2500 soldados de esta agrupación defendían uno de los últimos bastiones de la resistencia cuando todo se estaba desmoronando alrededor. Su misión era atacar once posiciones de la Wehrmacht, un objetivo demasiado grande para la mínima cantidad de armas que poseían.

Stanisław tenía diecinueve años al estallar el Levantamiento, pero participaba de la resistencia desde los quince: su primer seudónimo fue *Szczeniak*, una palabra que puede traducirse, me dice Andrés, como “mocososo” o “rapaz”. Había tenido entrenamiento militar en la escuela clandestina de oficiales del AK, había llevado suministros al Ghetto, había espiado a oficiales de la Gestapo y casi había sido descubierto transportando armas por la calle. Su hermana menor, Anna, de 18 años, también pertenecía al AK, era *sanitariuszka* y mensajera del batallón Wigry, destinado durante el Levantamiento a la Ciudad Vieja, puerta a puerta con el batallón de la prima de mi abuelo y con el cuartel del General “Bór”. En sus memorias, me hace notar Andrés, el General nombra a Anna: es la mensajera que le entrega un mensaje de su esposa.

Pero el personaje con más aires de película de Hollywood en esta saga familiar es Jan, el abuelo de Andrés, toda una personalidad en Varsovia. En principio, por dirigir el imperio peletero más importante de Polonia y uno de los más conocidos de Europa. La casa *A.ChowańczakiS-Wie* había sido fundada en una habitación alquilada en el centro de Varsovia por el padre de Jan —el bisabuelo de Andrés— un *self made man* que se llamaba Arpad. Había bajado de los Montes Tatra a fines del siglo XIX y se había convertido en el “rey de la peletería” de Varsovia, como lo nombran aún hoy las notas periodísticas en Polonia que hablan de su herencia.

El negocio no había parado de crecer durante el período de entreguerras principalmente gracias a Jan. El hijo del montañés lo había convertido en un

conglomerado de varias empresas que incluía un banco asociado al Overseas Bank of London. Exportaba sus pieles a todo el mundo: los abrigos de *A.Chowańczaki*-*S-Wie* eran los favoritos de diplomáticos y estrellas de cine como Pola Negri. Herman Göring, “que en esa época todavía no era un nazi sino más bien un as de la aviación”, dice Andrés, era uno de sus clientes de esa época de oro donde Jan llegó a tener más de 500 empleados en sus oficinas y su fábrica en Mokotów. La familia tenía una propiedad en la misma zona, conocida aún hoy como la Villa Chowańczak, el negocio sobre la calle Krakowskie Przedmieście, la más central de Varsovia y un complejo de viviendas para sus trabajadores en Praga, al otro lado del río Wisła. Ahí, en esas diez hectáreas compradas por el fundador del imperio en los años 20, está hoy el Estado Nacional, construido por el estado polaco para la Eurocopa del año 2012, con sus luces blancas y rojas que titilan como si un plato volador se posara cada noche sobre la orilla derecha del río.

A fines de los años 30 Jan vivía con su mujer –una descendiente de los zares rusos: su matrimonio con el hijo del montañés había levantado polvareda en la sociedad varsoviana- y sus cuatro hijos también sobre la calle Krakowskie Przedmieście, en un ala del palacio que hoy es el Ministerio de Cultura y que la familia había comprado a un conde. La vida de los chicos Chowańczak era principesca: estudios de elite, institutrices, idiomas.

Y después llegó la guerra.

En 1939, a pesar de las advertencias de sus socios ingleses, que le recomendaban poner a salvo su fortuna en Londres, Jan no sacó un solo *złoty* de Polonia, sino que se dedicó a financiar con su patrimonio al AK y a la *Delegatura*, el Estado clandestino.

“Era un señor muy conectado, muy amigo del presidente polaco y del jefe de gobierno de Varsovia”, dice Andrés, que no llegó a conocerlo, pero sí conoció, en Polonia y en la Argentina, a muchos que todavía se acordaban con gratitud y admiración de su abuelo. Como dueño de empresa, tenía el poder de entregar documentos de trabajo que impedían, a quien fuese dueño de uno, ser requerido por los alemanes para tareas que, en general, significaban la deportación al Reich. Jan distribuía esos documentos no sólo entre sus empleados.

“Sobornaba a los gendarmes alemanes para liberar a personas detenidas o comprar armas que ocultaba en el sótano del palacio, organizaba reuniones del Comando de la resistencia, creó escuelas clandestinas. También escondía a gente

perseguida por la Gestapo, incluso se sabe que escondió a una familia judía, de apellido Biegunow, y estamos tratando de que Yad Vashem lo reconozca como Justo entre las Naciones. Pero es difícil, porque se necesita del testimonio de las personas que ocultó. Yo creo que su actividad política hubiera sido totalmente imposible sin la vista gorda de un alemán que puso como interventor en la empresa”. Andrés está convencido que su abuelo, que de joven había luchado bajo el mando del Mariscal Pilsudski por la independencia de Polonia y había conocido las cárceles zaristas, tenía una visión muy clara de lo que se avecinaba.

Tan clara que, justo antes de que estallara la guerra, había rechazado integrar el gabinete de Economía del gobierno. Poner a un amigo alemán a cargo de la empresa –a pesar de las protestas de los empleados y de su propia familia - le aseguró, después, poder continuar apoyando al AK sin preocuparse por inspectores ni confiscaciones. “Él podría haber salvado su fortuna, podría haberse evitado luego pasar por un campo de concentración, sin embargo, eligió quedarse. Me parece algo heroico”, dice Andrés del abuelo que no conoció, y sobre quien lleva recopilados, incluso con traducciones bajo notarios, multitud de testimonios de personas que trabajaron con él o tuvieron relación con la dinastía familiar. “Una vez escuche decir a un soldado polaco que a veces uno es héroe porque no le queda otra: o sale de la situación o no sale. En cambio, me parece que mi abuelo tomó sus decisiones con mucha anticipación y total conciencia, lo cual es más heroico todavía”.

En agosto de 1944, a diez días de comenzado el Levantamiento, Jan fue detenido en su casa de la calle Krakowskie Przedmieście y deportado a Alemania, al campo de concentración de Buchenwald. El palacio fue quemado y los nazis atacaron todas sus propiedades. La Villa Chowańczak, donde antes del Levantamiento Jan había escondido a algunos trabajadores y organizado reuniones de la resistencia, fue copada por un comando del AK para defender esa parte de Mokotów. Permaneció en manos insurgentes hasta el final del Levantamiento, protegida por una barricada de baldosas, las ventanas cubiertas por bolsones de arena para defenderse de las ametralladoras, las granadas, los Stukas, los tanques alemanes que no dejaban de asediarla como asediaban a todo el distrito. Cinco insurgentes defendían la Villa. En el sótano se arracimaban civiles. Los dos insurgentes que quedaban vivos allí a finales de septiembre, entraron en las alcantarillas tratando de pasar al centro de la ciudad. La Villa cayó con el distrito. Hoy todavía queda su estructura de gran mansión, abandonada, en pie en la calle Morskie Oko.

Mientras tanto, en el campo de concentración, al negarse a colaborar, a Jan lo arrojaron a unos perros. Sobrevivió con una pierna destrozada. Apenas terminó la guerra -que su esposa y los dos hijos que no participaban del AK vivieron a salvo en una casa en las afueras de la ciudad- volvió, con la tozudez de la montaña, a su ciudad. En la Villa Chowańczak se amontonaban ahora más de veinte familias, y allí volvió a instalarse. Fue presidente del sindicato de peleteros y ayudó en la reconstrucción de Varsovia, a pesar de no comulgar con los comunistas, que le confiscaron todas sus propiedades por medio de lo que se conoció como “Decreto Bierut”, dictado por el flamante presidente Bolesław Bierut en octubre de 1945, y que se quedó con la mayoría de los terrenos de Varsovia que el nuevo Estado comunista consideraba necesarios como “destino público” para reconstruir la ciudad. Eran, literalmente, la mayoría de los terrenos de la ciudad: alrededor de 40 mil propiedades privadas. Muy pocos dueños recibieron una compensación. Los Chowańczak no estaban entre ellos.

Jan murió en 1949, como consecuencia de la amputación de su pierna, mal curada. Su esposa -la descendiente del zar, la mujer del millonario- vivió casi veinte años más que él, ganándose la vida como profesora de ruso en un colegio de Varsovia.

El hijo de ambos, Stanisław, nunca más volvió a verlos desde el comienzo del Levantamiento. No sabía de la actividad clandestina de su padre, ni éste la de su hijo. Mientras las propiedades de la familia eran cercadas por los bombardeos y los incendios y los Aliados liberaban Bruselas y Amberes, él -que había cambiado su seudónimo a “Jan”, como el nombre de su padre- se enfrentaba a los tanques alemanes con botellas llenas de gasolina.

Mokotów era un distrito donde casi no había edificios: se mezclaban los jardines públicos y las villas de los ricos –como los Chowańczak- con trabajadores de clase media y una gran población obrera de las fábricas cercanas –como la de los Chowańczak. A pesar de haber sobrevivido hasta esa altura del Levantamiento lejos de los bombardeos más pesados y con reservas de comida de las fincas al sur de la ciudad, el entusiasmo en la llamada “República de Mokotów” caería rápidamente en septiembre, cuando los alemanes presionaran su camino hacia el río Wisła.

“Mi papá fue herido en el ataque a los cuarteles llamados “Basy”, pero igual siguió luchando hasta la capitulación de Mokotów, el 27 de septiembre de 1944. Las pérdidas para esa fecha eran enormes, mi padre había quedado a cargo de un pelotón”, dice Andrés. Esos cuarteles eran una escuela convertida en reducto de las

SS, una de las tantas guarniciones que apretaban el norte del distrito. Y ese 27 de septiembre fue uno de los días más trágicos para los insurgentes de Mokotów.

Una de las primeras ceremonias en Varsovia a las que fuimos a meter las narices con mi padre fue en Mokotów. Yo quería verlo todo, estar en todos lados, pasar por esas mismas calles. Como si estar parada sobre, por ejemplo, la calle Puławska, donde quedaba la factoría de pieles de los Chowańczak, una avenida que todavía es central en Varsovia, partida en dos por la línea de tranvía, me sirviera de máquina del tiempo.

Por la calle Dworkowa, entramos a un parque y seguimos por una lomada a la gente que se amontona ante una especie de obelisco formado por tres columnas de color amarillo claro donde las ofrendas florales ya cubren el suelo de baldosas. Más allá, un pequeño lago artificial.

-Papá, quédate acá, voy a tratar de llegar al monumento a ver qué dice.

No entiendo lo que dice la placa del monumento, pero reconozco la fecha: 27 de septiembre de 1944. Dentro del obelisco, una tapa de alcantarilla. Aquí sucedió, entonces. Ese día, el de la capitulación de Mokotów, los alemanes que rondaban a los insurgentes que trataban de escapar del distrito rendido rabiaban como perros de pelea. Querían vengarse de quienes habían matado a tantos de sus compañeros. Muy temprano en la mañana, se dieron cuenta: bajo el suelo, por los túneles del alcantarillado, se movían decenas de insurgentes. Entonces volaron la cloaca central en la entrada de los Jardines Reales de Łazienki y bloquearon el pasaje principal.

Stanisław, entre unos 600 insurgentes que aún vivían –las bajas en el distrito fueron más del 50 por ciento- había bajado por los canales cloacales buscando llegar al centro de la ciudad. La orden para Mokotów era seguir peleando, pero no llegó a tiempo y los insurgentes se desbandaron. En esos laberintos del siglo XVII repletos de lodo, materia fecal y ratas, remolinos y salidas ciegas, muchos vagaron por horas para terminar muriendo ahogados, bajo las granadas arrojadas por los alemanes por las bocas de las alcantarillas o enloquecidos por los gases tóxicos. Después de la guerra, los cadáveres serían exhumados de a decenas en los *kanales* de Mokotów.

Otros insurgentes, como Stanisław, perdieron la orientación para salir nuevamente alrededor de las cinco de la tarde de ese día en el mismo distrito, en la calle Dworkowa, a un par de cientos de metros de la Villa Chowańczak, justo en las fauces de un destacamento de policías reclutados en las naciones conquistadas por

los nazis, en este lugar donde ahora hay un obelisco de color amarillo y un parque de colinas suaves bajo el sol del verano.

*\*Extractos del texto “En los canales”, escrito por Roman Stępnia, un insurgente del batallón Baszta que sobrevivió a los fusilamientos de la calle Dworkowa, traducido por Andrés Chowanczak.*

“En los canales perdimos la cuenta del tiempo. Estuvimos más de 20 horas en este laberinto bajo la tierra, tratando de llegar desde Mokotów hasta el centro de la ciudad. Chapoteamos sumergidos hasta las rodillas, y a veces hasta la cintura, generalmente agachados, mortalmente cansados, casi al borde del agotamiento psicológico”.

“El agua ya llega hasta el cuello... Hasta las ratas están aterradas y corren por arriba de nuestras cabezas y hombros, emitiendo espantosos chillidos. Los más bajos, sin ayuda, ya se ahogan...”

“Pero el verdadero pánico lo provoca el gas. En algún lugar, además de las granadas, arrojan a los canales piedras de carburo. Empiezan los gritos: “¡GAS! ¡GAS!”. Y comienza un verdadero infierno bajo la tierra.”

“Se quebró el orden, no existe ya ninguna cola ni numeración. Como si eso fuera poco, en los canales hay heridos y enfermos, quienes nunca debieron bajar allí. Aumenta la cantidad de heridos por el estallido de las granadas. Aumenta también la cantidad de los enfermos, por la debilidad y nerviosismo... Enfermos y heridos dificultan la circulación y vedan la comunicación entre los canales.”

“En el camino nos encontramos con insurgentes que habían entrado a los canales varias horas más tarde. Ellos nos informan sobre el cese del fuego y de la capitulación de Mokotów (...) Nos encontramos también con algunos, que después de veinte o treinta horas de caminar dentro de los canales sin rumbo, están ya indiferentes a todo. Con los ojos fuera de sí, se esconden en lugares inaccesibles para suicidarse con tranquilidad, individualmente con ayuda de su amado armamento o en grupo con la ayuda de la última granada...”

“—Salgan, salgan. ¡Rápido, arriba!... Tienen tres minutos, sólo tres minutos, después tiramos las granadas...”

“Cuando me encuentro ya arriba y estiro mi cabeza, unas manos me agarran de los hombros y me ayudan a salir por la tapa de la alcantarilla. Me empujan unos pasos adelante en dirección de otros soldados... Oh, Dios. Los uniformes parecen alemanes, pero no son alemanes. Son sus ayudantes ucranianos. Miro alrededor, oh sí, en peor sitio no podíamos caer...Estamos en Dworkowa... Uno de los soldados, que está cerca de mí, me golpea con la culata en la cabeza, tambaleo, se me caen mis anteojos...Otro ucraniano rompe mi overol y saca todo lo que tengo en el bolsillo, tirando lo que encuentra, arrancando las insignias de mis hombros. El armamento, si alguien lo tenía todavía consigo, es dejado en otro lugar, separadamente también tiran las mochilas y bolsos”

“Ahora me empujan por unos peldaños para el lado de la calle Dworkowa. Aquí ya están acostados los compañeros que salieron antes de mí. Nos ordenan quedarnos con la cara apoyada sobre la tierra, sin levantar la cabeza”

“En el parque hay alrededor de cien insurgentes. Cerca de la tapa de la alcantarilla, de la cual ya no sale nadie, queman una enorme pila de documentos y papeles”.

“Los ucranianos se colocan en fila al lado de una escalera. Algunos de ellos se acercan a los que están acostados más cerca, se llevan a cinco o a seis de ellos, los paran en la entrada de la escalera, con las caras dirigidas hacia la calle Puławska. Los ucranianos que quedan abren fuego con sus armas automáticas, los muchachos caen abajo por la escalera. Unos ratos después acomodan a otros tantos en el mismo lugar...”

“Entiendo por qué queman nuestros documentos. Nadie sabrá quién perdió la vida aquí y cuándo...” Hay que dejar alguna huella”, pienso”

“Abro el estuche de mis anteojos, arranco el forro que tiene dentro, debajo del cual hay un pedacito de cartón rosa, pegado al metal. Escribo bien claro, con letras mayúsculas: “DENTRO DE UN MOMENTO SERÉ FUSILADO. HAY ALREDEDOR DE 100 PARTISANOS, CALLE DWORKOWA, 27 DE SEPTIEMBRE, HORA 17.00, ROMAN STEPNIAK – FRASSATI, DOMICILIO CHMIELNA 128 DEP. 90”. Coloco el estuche de vuelta en el bolsillo. Respiro con alivio. Puedo ya con tranquilidad esperar mi turno. Recién ahora miro alrededor. Quedan apenas cuarenta personas.”

Stanisław le contó a su hijo muy poco sobre cómo él y algunos de sus compañeros se salvaron de ser fusilados ese día.



Poco antes de que le tocara el turno a él y al insurgente que luego le contaría esta historia a Andrés en Varsovia en 2003 -cuando viajó para averiguar más sobre su padre y el Levantamiento-, un general alemán vestido de gala apareció en escena, con su capa y sus botas relucientes. Se dirigió, enojado, a un capitán SS.

-¿Quién estaba disparando aquí? ¿No recibieron mis órdenes? ¿Sobre el tratado de capitulación de Mokotów?

-Sí, *Herr General*, pero estos *banditen* salieron de los canales y abrieron fuego hacia nosotros, entonces respondimos disparando y algunos de ellos murieron. A los que salieron más tarde los tomamos como prisioneros – respondió el capitán SS.

Los insurgentes, todavía boca abajo contra el pasto, escucharon la conversación. Uno susurró: “¡Parece que es el general von dem Bach!”.

El General –que es bastante improbable que haya sido Erich von dem Bach-Zelewski a pesar de la leyenda: estaba en ese momento en Ożarów, una localidad a veinte kilómetros de Varsovia, estudiando las condiciones que le pedía el General “Bór” para una capitulación total del AK- caminó hacia donde yacían los cuerpos recién asesinados. Miró sus botas, que empezaban a embarrarse. Miró el cielo y no vio ninguna nube. Recién ahí se dio cuenta que el líquido que le ensuciaba el brillo acharolado de sus botas era sangre mezclada con polvo y con barro.

Conteniendo el vómito, el general alemán volvió a gritarle a sus subordinados – que posiblemente no fuesen todos “ucranianos”, como los polacos los llamaban, tal vez por su larga historia de enemistad con ese pueblo, sino renegados rusos de diversas regiones de Asia que colaboraban con los alemanes- qué era lo que estaba sucediendo en ese lugar, a esa hora de la tarde, cuando hacía rato había capitulado Mokotów bajo la promesa de tomar como prisioneros de guerra a los polacos y no matarlos como a *banditen*. El estatuto de combatientes como “parte integral de las Fuerzas Armadas Polacas” para los insurgentes del AK, en realidad, había sido reconocido hacía un mes por los Aliados: los alemanes, a regañadientes, recién comenzaron a respetarlo con la caída de este distrito.

Los cadáveres del otro lado del montículo eran ya más de cien. Un sargento insurgente se animó a hablarle en alemán y pidió permiso para contar lo que realmente había sucedido. El General estaba furioso.

Antes de volver a su vehículo blindado les aseguró a los polacos que la guerra, para ellos, ya había terminado: serían conducidos como prisioneros al Fuerte de Mokotów.

– Señor General, su orden ya ha sido rota una vez – le dijo el sargento insurgente. -Esta gente que nos fusilaba, nos odia tanto que una vez más no van a cumplir su orden. Nosotros con seguridad no llegaremos al Fuerte de Mokotów.

El General dejó a cargo, entonces, a un capitán alemán para que vigilara a los SS. La marcha hacia el fuerte comenzó. Stanisław y sus compañeros llegaron a ver los cadáveres de sus amigos en el fondo de una excavación. Los civiles eran obligados a amontonar los cuerpos, entre gritos y sollozos por el terror a su propio destino. Muchos fueron luego arreados a los sótanos y asesinados allí con granadas de mano.

Por la calle Puławska, uno de los insurgentes que conocía algo del idioma ucraniano se dio cuenta que los SS no los iban a perdonar. Los custodiaban desde atrás, mientras que por delante el capitán alemán no podía ver –ni escuchar- que estaban planeando abrir fuego contra todos y decir, luego, que los *banditen* polacos habían intentado huir. El capitán alemán sería un daño colateral.

El sargento insurgente pudo alertar al capitán alemán. Finalmente llegaron al Fuerte de Mokotów en una formación extraña: primero los SS, después los prisioneros de guerra polacos rodeando al capitán alemán como los pollitos a la gallina.

-Nunca nos vamos a olvidar de este día, ¿cierto?

Dijo el capitán al dejar a sus prisioneros en el Fuerte. Y le regaló al sargento de Baszta un paquete de cigarrillos.

Estaban a salvo. Eran el último grupo en reunirse con los demás prisioneros del batallón Baszta detenidos en Mokotów.

« Varsovia, septiembre 28 de 1944.

Mokotów cayó el 27 de septiembre. La lucha en dos sectores aislados [el centro de la ciudad y el distrito de Żoliborz] se hace imposible. El hambre nos acosa. Si no recibimos ayuda efectiva con un ataque soviético para el 1 de octubre más o menos, verémonos obligados a cesar el fuego (...)

General Tadeusz Bór- Komorowski

Comandante en Jefe del Armia Krajowa »